

La donación de órganos

La dificultad de donar

Según algunos filósofos –Platón en la antigua Grecia, los empiristas Ingleses, sólo por mencionar algunos- el hombre es por naturaleza un ser egoísta, que busca su interés y ventaja personal o, por lo menos, quiere evitar todo sufrimiento. Según estos pensadores, la sociedad tiene la tarea de conjugar este egoísmo “natural” con el respeto que se debe a los demás, quienes tienen el mismo derecho de buscar su interés particular y evitar el sufrimiento. Mi libertad termina, cuando empieza la libertad ajena.

La educación que se imparte en la familia, la escuela, los templos, de otro lado, intenta favorecer el desarrollo de actitudes generosa, “altruistas”, en las jóvenes generaciones, para crear adultos maduros, responsables y solidarios.

La moderna psicología nos propone un camino parecido: del narcisismo (tendencia a buscar y satisfacer nuestro yo, necesidades, emociones y actitudes) a la apertura con los demás.

La cultura nos presenta, alternativamente, modelos de entrega, generosidad y solidaridad, y modelos de competencia y carrera al éxito como conductas recomendadas para desarrollarse personalmente y socialmente, sin tomar en cuenta a los demás. Es un hecho, también, que no todos tenemos las mismas oportunidades de desarrollo personal: hay factores familiares, económicos, sociales, de inteligencia y de salud que, objetivamente, obstaculizan un juego a la par entre todos.

La visión cristiana del ser humano afirma que éste fue creado “a imagen y semejanza de Dios”; si Dios es amor, el hombre –creado a su imagen- tiene en sí una vocación, una tendencia al amor y a la fraternidad. Lamentablemente esta orientación al amor hacia el prójimo está afectada por el pecado –fundamentalmente “egoísmo”- y solo Jesucristo, como modelo, y el Espíritu Santo, como energía, puede rescatar esta situación penosa en que nos encontramos: aspiramos al amor, a la solidaridad, al donar y donarnos, y, al mismo tiempo, nos sentimos amarrados por deseos e inclinaciones que rechazan e impiden esta orientación hacia el bien.

Estas interpretaciones matizan, a la vez, diferentes fenómenos y factores y nos ayudan a comprender más el misterio de la persona humana, de las motivaciones y anhelos que la caracterizan.

Un dato es cierto: ser generosos nos resulta difícil y debemos purificar los móviles de nuestra conducta, para que, detrás de gestos de entrega, no se enmascare el deseo sutil de quedar bien, ser aceptados, evitarnos sentimientos de culpabilidad, etc.

¿Qué donar y cómo donar?

Experimentamos a diario diferentes modalidades de don a los demás: cumplir con nuestros deberes profesionales y de trabajo, sentir la responsabilidad de una convivencia familiar armoniosa y en la que todos los miembros se sientan a gusto, ser responsables de la vida social, ofrecer tiempo y recursos a favor de nobles causas, contribuir con la honestidad en el pago de los impuestos, responder a los llamados de ayuda que se levantan de nuestro medio ambiente y de lugares lejanos, orar para quienes padecen necesidad, dedicar parte de nuestro tiempo a acciones de voluntariado, etc.

Para que un acto sea verdaderamente “humano” y “humanizador” es necesaria no sólo la puesta en acto del mismo, sino que nuestras motivaciones sean nobles, congruentes,

generosas. Se puede hacer el bien por miedo, por interés, por quedar bien, por cumplir con unas normas jurídicas o sociales, empujados por emociones pasajeras, chantajeados por la pública opinión... Se puede hacer el bien para realizarse y porque nos sentimos atraídos por valores, realidades que “valen”-son importantes-“cuentan” a nuestros ojos. Es una dimensión que no se puede detectar desde fuera, sino sólo en un examen individual de nuestra conciencia, a solas con nuestras motivaciones.

La generosidad, además, debe caracterizarse por ser “suave”, “ligera”, es decir delicada, que no humille a los beneficiados; no puede ser el gesto –lleno de orgullo y superioridad- de quien sí “da”, pero al mismo tiempo “quita” la dignidad de quien recibe, humillándolo, haciéndolo sentirse inferior, subrayando las necesidades y nuestra ayuda... sería una caridad “pelosa”.

Más generosidad en la donación de órganos

En otros artículos de este número de la Revista se toman en examen algunos aspectos de tipo clínico-médico, psicológico y social, antropológico y ético. Queremos detenernos sólo en una consideración de carácter cultural.

¿Por qué hay pocas donaciones de órgano de cadáver? La persona ya ha fallecido; nos parece raro que sus familiares no accedan a la petición –mejor aún, no pidan ellos mismos- el de donar los órganos de su querido difunto.

¿Cuáles mecanismos psicológico-espirituales impiden un abastecimiento que pueda satisfacer las legítimas aspiraciones de muchos enfermos a no-morir o a mejorar de manera sustancial su calidad de vida?

¿Tendrán razón los filósofos, psicólogos sociales, pensadores, gente común, cuando nos recuerdan nuestra naturaleza egoísta?

Pensamos que la respuesta no podemos encontrarla sentados al escritorio. Nuestra naturaleza no es algo ya estructurado – buena o mala, generosa o egoísta- sino una realidad a construir, a elaborar para que pueda expresar sus mejores posibilidades. Sí, la generosidad está sembrada en nuestra conciencia, pero se trata de una “semilla” que debemos cultivar, regar y cuidar... una tarea educativa para todos.